

CJC le puso en contacto nada más llegar a Palma con El Terreno y El Rodeo, con el restaurante «El Patio», con el café «El Castillo» y -sobre todo- «con un mundo mezclado, cosmopolita, que guardaba entre sí, al mismo tiempo, esa distancia y esa camaradería que tal vez sea el mejor fruto de la civilización»²⁸.

III

Las actividades primeras alrededor de *PSA* tienen un punto culminante en el inicio de las colaboraciones de don Américo Castro en la revista en septiembre de 1957. No pongo en duda la importancia de la participación de Jorge Guillén, o Max Aub, de Francisco Ayala (más tardía) o Luis Cernuda –por citar cuatro clásicos de la generación del 27–, sino que estimo de una importancia decisiva para la voluntad regeneracionista de los papeles mallorquines y para la evolución de la obra narrativa e intelectual de Cela la presencia de la autoridad de don Américo, refrendada con la publicación en 1954 de *La realidad histórica de España*, reescritura, como es sabido, de *España en su historia: cristianos, moros y judíos* (1948).

Bosquejaré unos mínimos aspectos de las relaciones de CJC con don Américo Castro. En una carta de Camilo a don Américo del 24 de mayo del 56 le dice: «En *PSA* vivimos un poco con la ilusión de publicar un texto inédito suyo [...] ¿Querría usted enviarnos algo?» Mediará más de un año hasta que llegue esa primera colaboración, aunque para el verano del 57 –en concreto en la primera quincena de agosto– don Américo viajó desde Sant Julià de Vilatorrada, junto a Vic, donde veraneaba, hasta la casa de José Villalonga, 87. De resultas de esa estancia la amistad entre el viejo profesor y el joven académico se agrandó y don Américo frecuentó en diversas ocasiones las residencias de la familia Cela –la de El Terreno y la de La Bonanova– a la par que descansó temporadas en Formentor o en la Cala San Vicente. El impacto de la personalidad de don Américo en CJC está por estudiar al detalle, pero anticipo dos cuestiones, una de carácter conceptual y otra de valor emblemático, que revelan la importancia de esta relación mallorquina de Cela²⁹.

²⁸ César González Ruano, *Nuevo descubrimiento del Mediterráneo*, Madrid, Afrodiseo Aguado, 1959, p. 110.

²⁹ Ana María Lago Arenas (Universidad de Vigo) ha presentado una tesis de Licenciatura, «La influencia de Américo Castro en Camilo José Cela a través de su epistolario» (dirigida por Dolores Troncoso), de cuya comisión evaluadora he sido presidente.

Tras la primera visita de Castro, CJC escribe a su gran amigo Celso Emilio Ferreiro una carta fechada el 15 de agosto del 57 en la que le insta a que facilite un viaje del gran historiador y filólogo a Galicia, pues no la conocía, y como palabras de presentación sentencia: «el gran don Américo Castro: liberal como un espejo en el que mirarse, tan inteligente como siempre, más joven que nunca». Cuando don Américo cumplió 80 años, la pluma de Cela desde *PSA* (mayo, 1965) explica cómo comulga con su entendimiento de España, vincula los quehaceres de la revista a uno de sus colaboradores más señeros y redacta el siguiente diáfano envío:

«La amistad, la lealtad y el respeto, querido viejo profesor, no se suplican: se brindan. Y esto es lo que queremos regalarle, a cambio de tantas enseñanzas recibidas, quienes hacemos esta lejana revistilla —que recuérdelo— nació, vive y ha de morir al margen de todo lo que pudiera condicionarla, hipotecarla, castrarla o, simplemente, lastrarla»³⁰.

La cuestión emblemática consiste en el proyecto fraguado en el verano del 61 de publicar —lo iba a llevar adelante Pepiño Pardo desde ediciones Noguer— un *Quijote*, prologado por don Américo y epilógado por CJC. Martín de Riquer cuidaría de establecer la edición. Esa joya cervantina por un sinfín de problemas menores desafortunadamente no llegó a nacer³¹.

Tengo la convicción de que el encuentro con la personalidad de don Américo fue un catalizador determinante para lograr los propósitos que Cela formuló en lo que me voy a permitir llamar el ideario de un escritor universal, que está contenido en media docena de textos aparecidos en *PSA* entre junio y diciembre de 1956. Dichos textos vieron la luz en volumen como integrantes de *Al servicio de algo* y con dos lemas que explicitan su significación última. El lema general del libro de 1969 pertenece a la *Lettre à Mme. Charrière* de Benjamin Constant. El texto del autor de *Adolphe* reza: «Les lettres et la solitude, voilà mon élément»³². Mallorca fue para CJC el escenario de ese elemento. El lema particular del apartado donde se publica el estricto credo ético y estético que había dado a la luz en los números de *PSA* del año 56 es también luminoso:

³⁰ CJC, «En los ochenta años de Américo Castro», *PSA*, CX, (1965), *Al servicio de algo*, OC, t. XVI, p. 257.

³¹ Cf. Adolfo Sotelo Vázquez, «Las aventuras del malhadado Don Quijote de Américo Castro y Camilo José Cela», *El Extramundi y Los papeles de Iria Flavia* (en prensa).

³² CJC, *Al servicio de algo*, OC, t. XVI, p. 7.

«Para Kant, dos cosas llenaban su espíritu de admiración y de espanto: el cielo estrellado sobre su cabeza y la ley moral dentro de sí mismo. Al servicio de la ley moral han sido escritas las páginas que siguen»³³.

La mitad de las páginas que siguen reproducen los textos que espiro con laconismo. En ellos se defiende la soledad y la insobornable independencia del escritor y de sus papeles, meridiano de la cultura española que no pasaba por Madrid.

«El escritor –escribe CJC en junio del 56– no es un ente tertuliano, sino rara hierba de cenobio»³⁴. Desde el cenobio, desde la soledad, el escritor con vocación –«ese don de los dioses»– y con entera y verdadera dedicación avanza en su oficio, estrujando su propia conciencia, que es mirada y es memoria. Cela se mira en el espejo de Cervantes –solitario y tumultuoso– y en el de Gustavo Adolfo Bécquer. «La soledad es el imperio de la conciencia» postula Cela para Bécquer. La soledad es el imperio de la ley moral propongo para el genial escritor gallego; y esa ley moral –como la conciencia– no se debe contaminar: «Un escritor sin conciencia es como un fiero animal sin ojos, algo de lo que es preferible no guardar memoria»³⁵.

La defensa de la soledad va acompañada de la independencia. De nuevo Cela se mira en el espejo de Cervantes, pero también en el de Albert Camus: ambos supieron que el Poder era triste. Luchando por la verdad íntima, el alma noble del escritor debe descartar los naipes de la vanidad, la conveniencia, el orgullo, la sucia baraja que es fuego fatuo y lastra la independencia. El «Credo» del escritor Camilo José Cela es el dogma irrenunciable del viajero Camilo José Cela, que había dejado escrito en esa joya de las letras españolas de todos los tiempos que es el *Viaje a la Alcarria* (1948): «El viajero es un hombre con una vida tejida de renunciaciones»³⁶.

La independencia es el lugar desde el que el escritor –y ahora, 1956, también los papeles mallorquines– se sienten honestos y leales. Ambas palabras, como adjetivos, aparecerán siempre en la calificación de la empresa de *PSA*. Con honestidad y lealtad consigo mismo el escritor se pone al servicio de algo, que es su secreto deber, «su firme propósito de no mentir», «su deliberada intención de pintar las cosas como

³³ CJC, «Al servicio de algo», OC, t. XV, p. 396.

³⁴ CJC, «Sobre la soledad del escritor», PSA, III (1956)

³⁵ Íbidem, p. 399.

³⁶ CJC, *Viaje a la Alcarria, Palma de Mallorca, Ediciones de los Papeles de Son Armadans, 1958, p. 54.*

son»³⁷. CJC en los primeros momentos de *PSA* ahondó en sus señas de identidad como escritor para dárselas a su revista, que las mantuvo contra viento y marea hasta 1979. Quizás el último eslabón de este credo o ideario de los primeros números de *PSA* esté oculto en el artículo «Se premia la honradez» con el que CJC celebraba –en noviembre de 1957– la concesión del Premio Nobel a Albert Camus. Cela se miraba en el espejo del autor de *L'Étranger* no sólo desde su convicción de que el hombre está por encima de las ideas (enfrente, Jean-Paul Sartre) sino desde el ejercicio paralelo de la soledad y de la independencia:

«Camus es un solitario, un hombre que huye del grupo y del clan para poder repartir el bien sin mirar a quién. A la honradez, decía Juvenal en sus *Sátiras*, se le alaba y se le deja morir de frío. Camus, abrigándola contra su pecho, ha querido ser la excepción. Y los suecos que dan el premio Nobel supieron verlo así»³⁸.

Si por los riñones del genial novelista circulaba sangre de tres naciones, su andadura de hombre y de escritor se sintió vinculada a varias geografías. Una de ellas –creo que la que define su dimensión de escritor universal– es la mallorquina. Cela –lo reconocía él mismo en el Auditorium de Palma el 20 de enero de 1977– escogió nacer de nuevo en Pollença y en Palma. Por ello –y como también reconocía abiertamente el escritor padronés– «una considerable parte del mérito o de la culpa que se acumule en el parecer de las siguientes generaciones sobre el conjunto de mi obra, es tema del que deberán responder Mallorca y los mallorquines»³⁹. Cela y Mallorca es un binomio esencial en la cultura española, polifónica y universal, que tuvo en *PSA* –sol con rostro humano– el mejor, más honesto y leal escenario posible durante un cuarto del siglo XX.

³⁷ CJC, «Los gozos y las alegrías del escritor», *PSA*, VI (1956), «Al servicio de algo», OC, t. XV, p. 410.

³⁸ CJC, «Se premia la honradez», *PSA*, XX (1957), «Al servicio de algo», OC, t. XV, p. 444.

³⁹ CJC, «Hablando donde se vive», *PSA*, CCLIII (1977), p. 8.